

OPINAR

«La fuerza de las ideas»

FUNDADO POR EL DR. ENRIQUE TARIGO

opinar.uy

EDICION 490

Lunes 23 de abril de 2019

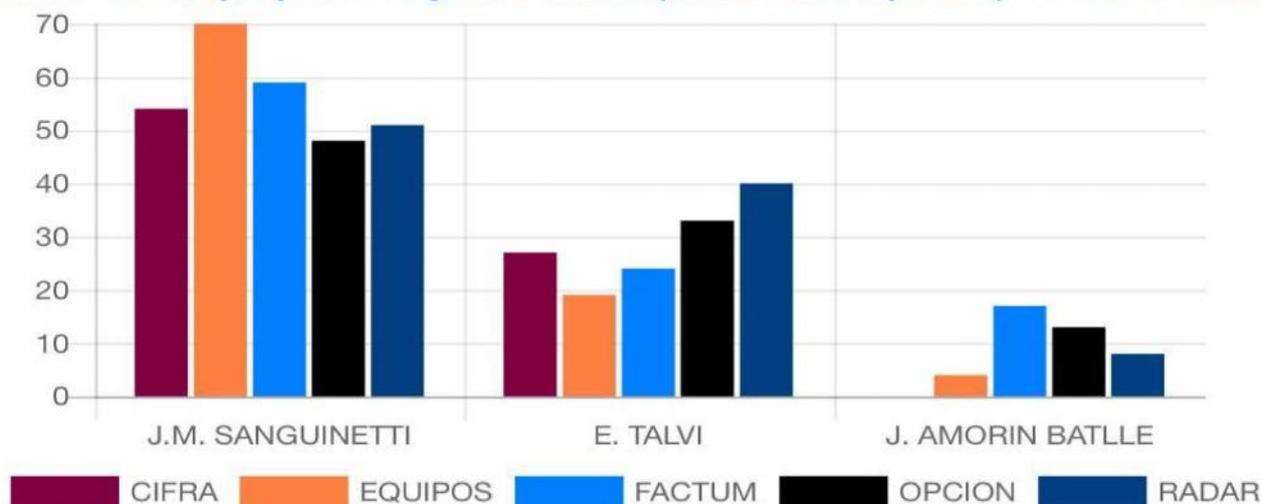
Obediencia, honor y educación militar. César García Acosta

Unidad y Reforma

A contramano de los pronósticos catastrofistas e interesados que lo daban fuera de juego y a su electorado repartido e inventariado en otras fuerzas políticas, el Partido Colorado goza de buena salud. Aunque en recuperación, como dan cuenta todas las encuestas y el termómetro de la calle, ya nadie lo ve como un paciente terminal. Ni siquiera sus más enconados adversarios, quienes –como vemos a diario– dejaron el ninguneo de lado para incluirlo entre los destinatarios de sus dardos envenenados.

Escribe Gustavo Toledo

Intención de voto por partido según consultora (último dato disponible) - PARTIDO COLORADO



**El ruidoso
silencio de Mujica**
Ricardo J. Lombardo

**El programa universitario
para «evolucionar» del PN**
Claudio Rama

INDICE

- 2 Obediencia, honor y educación militar
César García Acosta
- 3 El programa universitario para evolucionar el PN
Claudio Rama
- 4 Unidad y Reforma
Gustavo Toledo
- 5 Los cielos a la tierra
Lorenzo Aguirre
- 6 El ruidoso silencio de Mujica
Ricardo J. Lombardo
- 6 La orfandad cultural
Ricardo J. Lombardo
- 7 Me da pena confesarlo...
José Gómez Lagos
- 7 Semana Santa, Criolla o de Turismo
Marcelo Gioscia
- 8 El mecanismo del Gobierno Zósim Nogueira
- 9 Las democracias liberales y un futuro incierto
Loris Zanata
- 10 Tasas de interés, efecto riqueza y estancamiento
Alejandro Nadal
- 10 ¡Lea bien, Martínez!
Pablo Galimbertti
- 11 Alan García
Mario Vargas Llosa
- 12 «El suicidio de Mozart»
Jaime Bayli
- 14 El Estado como botín, el legado de Alan García
Javier Arévalo
- 15 Educar es aprender
Julio M^a Sanguinetti



Redactor Responsable
TCS César GARCÍA ACOSTA
Río Negro 1192/601 Teléfono:
099.686125 Registro MEC N°
2169/2007, Tomo VI, fs. 388,
Registro de Ley de Imprentas.
Web: opinar.uy
Contactos
cesargarciacosta@gmail.com.uy

Obediencia, honor y educación militar

El episodio del Tribunal de Honor Militar y la escala de valores del militarismo en Uruguay, deben ser objeto de un enfoque político a nivel de los partidos, evitando la concentración de las fuerzas en estructuras de pensamiento único incapaces de verse reflejadas en el espejo de la historia. José Batlle y Ordóñez en 1907 ya se planteaba escenarios como el ocurrido y enseñaba la forma y el contenido sobre cómo instrumentar la interacción entre el autoritarismo y la obediencia militar.

Nada del intercambio documental, declarativo o dialéctico ocurrido en las últimas semanas, modificó la historia de los últimos cincuenta años. Todo quedó incambiado para los familiares de los desaparecidos, y estancado para quienes desde el republicanismo volvieron a picar la camada de «verdad y justicia» como si sólo invocarla bastara para accionar la panacea para todos los males.

Tras ser condenado por la Corte Interamericana de los Derechos Humanos (CIDH), Uruguay reconoció su responsabilidad en la desaparición de la pareja Gelman y el robo de la identidad de su hija. Un informe oficial estableció la memoria o el relato de los hechos –los que son sólo una versión- de lo ocurrido durante la represión. La Justicia, por su parte, ámbito natural para estas contiendas, ha ido con el paso del tiempo juzgando sólo algunos crímenes. La verdad, sin embargo, sigue siendo la gran ausente en el proceso uruguayo, por lo que sigue sin definirse si los últimos acontecimientos son el principio del fin del pacto de silencio de los militares o constituyen un simple desencuentro entre quienes algunas vez asociados desde las sombras, hoy están enfrentados.

Todo empezó mucho antes de la publicación que el diario El Observador hizo semanas atrás. Todo aconteció –a sabiendas de que trascendería en algún momento- por lo que este relato abre nuevas instancias judiciales penales para determinar las responsabilidades de los imputados –y de algunos otros- sobre estos hechos.

Conocido el contenido de las actas del Tribunal Especial de Honor para Oficiales Superiores N° 1 del Ejército Nacional, que evaluó las conductas de los militares represores condenados por la Justicia (como el crimen en marzo de 1973 de Roberto Gomsoro, un tupamaro de quien arrojó al río Negro su cadáver para hacerlo desaparecer. Declaró Gavazzo: «Yo lo cargué al vehículo, yo manejé al vehículo, lo llevé al

lugar, lo bajé, lo puse en un bote y lo... Pero recién a tomar estar público estos relatos fue cuando el presidente Tabaré Vázquez destituyó al comandante en jefe del Ejército, general José González, y al jefe del Estado Mayor de la Defensa, general Alfredo Erramún, y dispuso que renunciaran el ministro de Defensa Nacional, Jorge Menéndez, y su subsecretario, Daniel Montiel. También solicitó al Senado su venia para el pase a retiro obligatorio de los generales Claudio Romano, Carlos Sequeira, Alejandro Salaberry y Gustavo



César GARCÍA ACOSTA
Técnico en Comunicación Social
Editor de OPINAR
cesargarciacosta@gmail.com.uy



Fajardo; todos habían integrado el mencionado Tribunal de Honor, al igual que González.

La investigación también apuntó a siete generales del Ejército: tres que participaron en el Tribunal, entre ellos González, luego designado comandante en jefe del Ejército; tres que integraron un tribunal de apelación, y el entonces comandante Guido Manini Ríos, quienes habían coincidido en que Gavazzo y Silveira no habían lesionado el honor del Ejército con los 28 homicidios especialmente agravados por los que fueron condenados en 2009, aunque sí por haber admitido que el coronel Juan Carlos Gómez cayera preso durante tres años por el asesinato de Gomsoro, sabiendo que era inocente. El Poder Ejecutivo homologó los fallos sobre la conducta de Gavazzo

y Silveira el 12 de marzo, aclarando que lo hacía debido a los actos por los que fueron condenados, «y no sólo por los motivos restringidos» del Tribunal de Honor. En este estado de las cosas Vázquez destituyó como Comandante en Jefe a Manini Ríos, por los cuestionamientos a la Justicia que hizo en su informe al presidente, en ese mismo expediente, sobre lo resuelto por el Tribunal de Honor.

Por supuesto que sobre todo esto habrá mucha 'tela para cortar', en especial después de la candidatura del general Guido Manini Ríos al Partido Cabildo Abierto, ante la inexplicable complacencia del presidente Vázquez por omisión, cuando en lo previo y siendo aún Comandante en Jefe del Ejército, le admitía ir a Misa uniformado en señal del cargo que ostentaba, o grababa videitos como si la obediencia al mando fuese una cuestión de interpretación o de dos bibliotecas.

Pero la historia ya está escrita y el ejemplo el país lo tiene labrado a fuego por José Batlle y Ordóñez, cuando en 1907, sobre cómo debía proceder un militar ante una ilicitud manifiesta, Batlle dijo: «... la voluntad superior no es ley para el inferior, sino cuando se produce dentro de las formas regulares: y, si se cumple las órdenes sin observación, es porque se conceptúa que no se dan sino con arreglo al deber militar. Cuando es evidente que se falta a él, deben ser disidentidas y desobedecidas, si no se puede apelar de ellas en otra forma. Sí, por ejemplo, la órdenes del Presidente de la República son siempre cumplidas; pero si éste quisiera impedir, por ejemplo, a la Asamblea General que designara su sucesor o disolverla, tal orden no debería ser cumplida. Una actitud así de un Presidente produciría un conflicto extraordinario; se habría descompuesto la pieza principal de la máquina, pero cada elemento del Ejército discerniría perfectamente su deber, y, si podría verse obligado a someterse a la fuerza o dejarse llevar por un cálculo de intereses personales, no podría creerse nunca en la obligación de acatar el atentado por sometimiento a la disciplina militar, que habría sido quebrantada por el más encumbrado Jefe del Ejército».

Pasado más de un siglo de estos dichos de Batlle y Ordóñez, más que nunca debe primar la reeducación de las fuerzas armadas y la obvia redefinición de principios como el honor institucional y el personal, aunque siempre y sin exclusión, de los parámetros manejados por don Pepe quien no admitía un Ejército único ni concentrado, sino diverso, profesional y sujeto al mando criterioso en cada rincón del país.



Claudio RAMA
Economista (Dr. ED; Dr. DER.)

El candidato del Partido Nacional, Luis Alberto Lacalle Pou, presentó esta semana su Programa de Gobierno. Es un muy largo detallado y prolijo documento de 210 páginas en las cuales notoriamente mucha gente estuvo trabajando durante un largo tiempo y es necesario de destacarlo por su amplitud. El eje es «Gobernar para evolucionar. Ni refundación ni marcha atrás: evolucionar», sosteniendo que «las sociedades democráticas evolucionan. Construyen sobre lo que se hizo bien, corrigen lo que se hizo mal, aprenden de sus errores».

El Documento es parte de una visión sobre la realidad y también probablemente una estrategia político – electoral de cómo posicionarse en relación a supuestos o reales logros del estos años del FA. Es coherente además tomando en atención a sectores de la población que sienten que un impulso de cambios radicales sería negativo para sus intereses o para la marcha del país. Aunque la crisis es de una dimensión enorme en todas las áreas, es real que hay sectores que no logran ver las enormes debilidades, problemas, inconsistencias y errores que se han sucedido en estos años.

El Programa es un documento exhaustivo de análisis y contiene muchas propuestas de profundización, al tiempo que en otras se introducen nuevas acciones o derroteros significativos. Pero además de verlo en la distancia desde otra visión política, corresponde mirarlo en el escenario para construir finalmente unas orientaciones de Gobierno de consenso, en el marco de la visión estratégica que ha planteado Julio María Sanguinetti de construir una alianza para una segunda vuelta en caso de existir como pronostican las encuestas.

En lo educativo, el enfoque se centra en la educación media, donde –como reafirma- sólo 4 de cada 10 jóvenes consigue terminar la enseñanza media y que hace de ello el centro de su problema. Es correcto el enfoque. En esa línea, en el área de educación superior que es donde focalizamos nuestro análisis, el Programa es limitado, aunque se posiciona en una línea de cambio y no de mera continuación. Alguna vez dijo el senador Dardo Ortiz, algo así como que más que muchas leyes, se necesitan unas muy pocas normas,

pero significativas, para alcanzar grandes cambios.

El eje general de la Propuesta en lo educativo, como referimos, más se refiere a la ANEP siendo el centro el colocar al MEC como ámbito rector de la educación, en lo atinente a fijar metas nacionales, asignar recursos y evaluar resultados, y de la organización de la provisión de los servicios educativos, en tanto la autonomía es compatible con un mayor control ciudadano sobre las orientaciones estratégicas o metas nacionales en materia educativa. Ell se

El programa universitario para «evolucionar» del PN

al MEC en el centro del tablero y contribuir a un enfoque sistémico que es un escenario necesario. En lo específico de educación superior destaca el fortalecerla enseñanza del inglés, elaborar una ley sustitutiva de creación de la Universidad de la Educación (UNED) que otorgue rango universitario a la formación docente; instrumentar, en coordinación con el Instituto Nacional de Evaluación Educativa (INEED) y las instituciones de educación terciaria, la prueba nacional de egreso de la enseñanza media, e impulsar una Agencia

público como del privado y voluntaria, así como trasladar al MEC las atribuciones para el estudio, evaluación y reválida de títulos extranjeros.

Todos ellos son objetivos necesarios y positivos, pero tal vez algo limitados y sólo miran la realidad educativa desde el prisma de la educación pública y desde la ANEP. Se requiere en este contexto, una visión más amplia, y que mire a la educación superior, el impulso a la educación virtual y a distancia, y la calidad como centros significativos en los enfoques políticos.

Existe en el país una visión altamente extendida que la educación superior es un problema marginal, en tanto el eje es que los jóvenes no llegan a la universidad por abandono en la educación media. Los datos de deserción y no titulación lo verifican. No se visualiza sin embargo que la ausencia de diversificación y regionalización de la educación superior, (así como de la propia educación media), de flexibilidad, de pertinencia, de articulación laboral, de innovación y de escasos retornos, se constituyen en factores que desalientan las trayectorias previas y que contribuyen altamente a la deserción de la educación media. Hay que favorecer ampliamente a que los jóvenes puedan ser egresados universitarios y no meramente a ser egresados del bachillerato aun cuando este sea condición necesaria. La necesaria visión global y sistémica se torna imprescindible para comprender la realidad y para formular políticas en la materia. Actuar sobre la educación superior incide sobre la educación media e igualmente mejorar y diversificar la educación media contribuye a la expansión de la educación superior. Pero el objetivo no es concluir la educación media ya que ésta no crea las competencias y oportunidades a las personas para las mejores trayectorias personales. El enfoque estratégico se debe centrar en la masificación de la educación superior, tanto terciaria, como especialmente universitaria y se debe ser más directo en el uso intenso de las tecnologías de educación virtual y en la inserción en el mundo digital.



plantea bajo control del Parlamento. En educación superior se transmiten en general estas orientaciones de poner

Nacional de Acreditación Universitaria de programas y, en una etapa posterior, de instituciones, tanto del ámbito

Unidad y reforma

Gustavo TOLEDO
Profesor de Historia. Periodista



A contramano de los pronósticos catastrofistas e interesados que lo daban fuera de juego y a su electorado repartido e inventariado en otras fuerzas políticas, el Partido Colorado goza de buena salud. Aunque en recuperación, como dan cuenta todas las encuestas y el termómetro de la calle, ya nadie lo ve como un paciente terminal. Ni siquiera sus más enconados adversarios, quienes –como vemos a diario- dejaron el ninguneo de lado para incluirlo entre los destinatarios de sus dardos envenenados.

Dentro del bloque opositor se valora su crecimiento tanto como una oportunidad para acumular fuerzas con vistas a un eventual balotaje como

grupo. Ya no asistimos a un escenario en el que un sector o un líder concentran prácticamente todo el voto colorado y los otros están relegados a un papel meramente testimonial; aunque, dicho sea de paso, es un riesgo que debemos conjurar. Ni se vive un clima de confrontación interna irrespirable, como padecimos en otras circunstancias. Por el contrario, hoy predomina –aunque con contadas excepciones- el respeto y el espíritu de camaradería.

Basta con repasar los libros que ya casi nadie lee para hacer política, para confirmar que siempre que hubo competencia interna –batllistas versus riveristas, catorce versus quince, batllistas versus pachequistas, sanguinettismo versus jorgismo- el partido salió beneficiado y cuando esas diferencias no se administraron

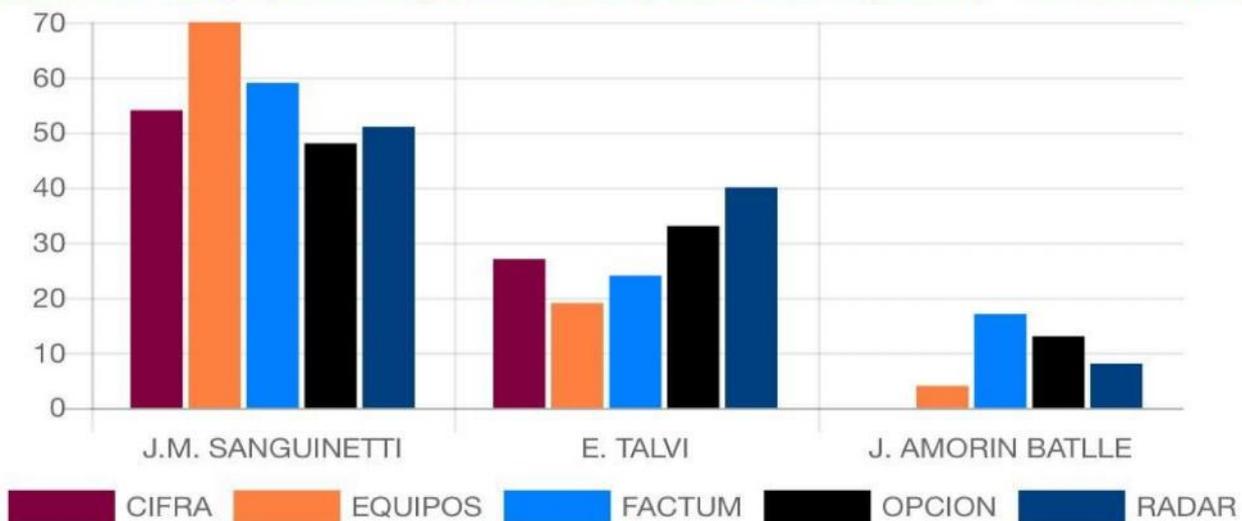
justiciera que alguna vez fuimos. Y, por otro, tiene el deber de volver a levantar bien alto su bandera y consolidar su recuperación, a fin de darle al país una alternativa segura y confiable, que combine sensibilidad social, espíritu reformista y respeto al Estado de Derecho, ahora y en los años por venir. Así las cosas, el mejor modo de potenciar aún más la competencia interna y con ello las chances de nuestra colectividad de cara al futuro, sería, desde mi punto de vista, que es el de un colorado independiente y del montón, el de reunificar el «espacio jorgista», bajo aquel lema tan caro a nuestros recuerdos de «unidad y reforma». De nada sirve golpearse el pecho y proclamarse más jorgista que el resto, si no se entiende que los hombres, los sectores y hasta los partidos son instrumentos al servicio

para levantar vuelo y darle esperanzas a una ciudadanía ávida de certezas y de cambios.

¿Acaso no fue eso lo que el propio Jorge hizo en el 98, cociendo pacientemente retazo por retazo, grupos y dirigentes dispersos dentro y fuera del partido, hasta ampliar la base política y electoral de una «15» que cinco años antes había alcanzado apenas un senador y dos diputados, y que, gracias a ese esfuerzo y a dejar de lado enconos personales y políticos, ganó la presidencia y condujo al Uruguay – para fortuna de todos- a través de la peor tormenta experimentada en el último siglo hasta alcanzar la orilla de la recuperación económica y la estabilidad social y política?

En suma, no se trata de unirse a cualquier precio, ni mucho menos de

Intención de voto por partido según consultora (último dato disponible) - PARTIDO COLORADO



una amenaza a la hegemonía hasta ahora indiscutida de la otra divisa tradicional.

El secreto del «milagro» está en su historia y ésta se puede resumir en una línea: unidad en la diversidad. Así, pues, tras tres períodos de convalecencia, el partido vuelve a mostrarse unido y en competencia, vigorizado por la existencia de una amplia oferta electoral, que va del ex presidente Sanguinetti y sus «Batllistas», al economista Talvi y sus «Ciudadanos», pasando por el senador Amorin con su «Uruguay Batllista» y el recientemente incorporado ex fiscal Zubía y su

equilibradamente y volamos los puentes que nos unían, perdimos todos.

A la luz de esa lección que confío que todos los colorados hayamos aprendido a lo largo de estos años de travesía por el desierto, la próxima elección es clave para nuestro partido en muchos sentidos. Por un lado, tiene el deber histórico de empujar un cambio de ciclo largamente postergado, en el que la urdimbre de nuestro tejido social y la estabilidad de nuestras instituciones están en juego, contribuyendo desde el lugar en el que la ciudadanía lo ubique, con sus ideas y sus mejores hombres y mujeres a la reconstrucción de la república feliz y

de causas superiores, de ideas y valores que los trascienden, como lo demostró a lo largo de toda vida política el ex presidente Jorge Batlle.

Si los que pensamos igual o parecido no sumamos fuerzas, si los que creemos más o menos en las mismas cosas y compartimos el sueño de una sociedad abierta y un Estado moderno, si todos aquellos que nos sentimos hermanos por la figura de aquel que encarnó esos valores, que son ni más ni menos que los de la libertad, apostamos a la división y al enfrentamiento, flaco favor le estaríamos haciendo a un partido que precisa dos alas igualmente potentes

unirse en contra de..., sino a favor de.... De restañar viejas y nuevas heridas y pensar más allá de nuestros propios intereses. Ese es el deber de la hora: estar a la altura de las circunstancias. Pues, al igual que la luna de Pessoa, se es grande si «alto se vive».

Si no entendemos eso, no habremos aprendido que, como enseñó el maestro, primero y antes que todo, ¡y que todos!, está el país.



Lorenzo AGUIRRE
Periodista. Escritor. Asesor Cultural,
Director de Orquesta

Lamentablemente, la resurrección se ha tomado a la ligera en un vulgo anquilosado, estructurado, supersticioso, y parecería que, ese tema, formara parte de un conglomerado de retazos – incluso algunos promiscuos – en vez de una actitud madura, como filosofía que se entrega a modo de un principio de Orden, ayudando a no permitirnos un sonambulismo intelectual, ni la abdicación del pensamiento, ni el abandono a la deriva, del «albedrío». Estamos en un tiempo sin tiempo, en un instante para contemplar la verdadera cruz como símbolo universal de un mundo trascendente, no en tiempo de penitencia reptando desde cada pórtico de parroquia, a través de la principal y ancha nave, hasta la, lacerada carne que yace en el madero, balbuceando hipócritamente compromisos de plegarias por los milagros que recibamos, mientras más allá, las jerarquías de santos con sus cánticos, cimientos astrológicos del santoral, vestiduras consagradas, y promesas de vida eterna, resuenan por los mares del universo.

Constantino formalizó la incorporación de ciertas tradiciones y prácticas mitraicas a la doctrina cristiana, e impuso la muy particular «Festividad de la Pascua» – o «Fiesta de Muerte y Resurrección» -, que hicieron coincidir con los ritos de primavera y de otros cultos y escuelas místicas de aquel entonces.

La preparación de dicho ritual comienza cuarenta días antes (cuaresma), desde el «miércoles de ceniza» – primer día de cuaresma, y llamado así por la ceremonia en la cual en las iglesias católicas el sacerdote pone ceniza en la frente de los fieles -, hasta el denominado «jueves santo».

La duración de cuarenta días viene de referencias bíblicas, y simboliza – entre otras cosas – el retiro de Jesús al desierto – previo a su ministerio -, el retiro de Moisés, el diluvio, y los cuarenta años de peregrinaje del pueblo judío.

El nombre «Pascua» deriva de la palabra hebrea «Pesaj» - «paso», o «tránsito»-, y el objeto principal es recordar el «paso» del «Ángel Exterminador» por las casas de los egipcios, matando a los hijos varones, y «saltando», perdonando, a los hebreos.

Al mismo tiempo, la Pascua judía

rememora la comida del Cordero, y el beneficio de haber sido liberados de la esclavitud, «pasando a pie», el Mar Rojo.

Quizá, en cierta forma, la Pascua cristiana tiene como objeto celebrar la resurrección de Jesús como una especie de «tránsito» del mencionado avatar.

Entre «Pascuas»

La Pascua judía se celebraba el 14 del primer mes judío, Nisán (marzo), fecha que supuestamente Jesús fue crucificado.

Luego, la Pascua cristiana tomó otra dimensión, suscitando entre los cristianos la controversia pascual, o sea el día que debía festejarse la Pascua.

Para conmemorar la salida de Egipto

día siguiente.

Vale señalar que, de acuerdo al libro del «Éxodo», el mes de Nisán era el primero del año, aunque más tarde se trasladó al mes de Tishrei (Setiembre). Según el evangelio de San Juan, la muerte de Jesús tuvo lugar el día de la preparación de la Pascua judía, que, ese año, coincidió con un sábado.

Por lo tanto, Jesús murió un viernes 14 de Nisán, cuando los judíos realizaban la matanza de los corderos pascuales. De esta manera, Jesús, se convertiría en el «Cordero» de la llamada «Nueva Alianza», cuya sangre «se derramaba para el perdón de los pecados».

El domingo 16, primer día de la semana, se señala como día de la resurrección.

La celebración de los misterios de la «Redención» se hizo de dos formas

decir, sería siempre un domingo, sería siempre el siguiente a la luna llena del 14 de Nisán para no ser igual a la Pascua judía, y luego del 21 de marzo.

En consecuencia, si esa fecha cae sábado, y es plenilunio, el día siguiente, domingo, puede ser Pascua. Por lo tanto, según los criterios fijados por el Concilio de Nicea, la Pascua oscila entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

Como siempre, el plenilunio se marchará taciturno

Es momento para reflexionar por una cruz interior – común a todas las tradiciones – que nos ilumina el sendero, dando paz a nuestro espíritu, y cuando llegemos a la mesa pascual, compartir el «pan»,



guiados por Moisés, los judíos toman como «Pesaj» el día 15 de Nisán, primer mes del año, coincidiendo con el equinoccio de primavera en el hemisferio norte.

Utilizaban en su calendario meses lunares de veintinueve, y treinta días, correspondientes a un ciclo completo de la luna.

Para ellos, la serie, es de veintinueve días y medio.

El mes se iniciaba con la luna nueva, y en la víspera del 15 de Nisán comenzaban las fiestas con el sacrificio del cordero, y se comía al atardecer, cuando según la tradición, llegaba el

diferentes en los primeros siglos del cristianismo. Las Iglesias de Oriente la hacían coincidir con la Pascua judía, que comenzaba al atardecer del 14 de Nisán, con independencia del día de la semana que cayera.

La Iglesia de Roma, y las occidentales, festejaban el domingo siguiente a la Pascua judía, celebrando la resurrección del Maestro Jesús.

La controversia se zanjó en el Concilio de Nicea, en el año 325 d.C., decidiendo que, la Pascua cristiana se festejaría el domingo siguiente a la luna llena, que coincide – o es posterior – con el equinoccio de primavera. Es

porque todos somos hombres de necesidades espirituales, tambaleándonos como pobres, enfermos, mancos, cojos, y ciegos, buscando en el rebaño, ser un buen pastor, y en el sacrificio, el secreto, y la inmortalidad, saciar el hambre, en esta invitación cósmica.

Quizá, los rituales y la liturgia de los avatares intervengan en la misión de llevar, «los Cielos, a la Tierra».

El ruidoso silencio de Mujica

Ricardo J. Lombardo

Estuvo 30 años apareciendo cada día, cada hora, en cada medio, hablando sobre todo lo que le venía en mente: asuntos de gobierno, o cualquier tipo de tema. Pero se ha llamado a silencio esta vez, frente a la crisis político militar donde su sector, el MPP, tiene mucho que ver.

Quizás sea la más cabal representación de las divergencias internas que estos hechos han desencadenado en el Frente Amplio.

El Partido Socialista le reprocha al presidente por la destitución de Menéndez; Michelini reclama la renuncia de Toma; Miranda apoya sin cuestionamientos la acción de Vázquez. El avispero se ha alborotado y mal.

A quienes observamos de afuera, nos cuesta entender todos los alcances de esta crisis política interna del Frente Amplio.

Quizás haya que buscar sus orígenes cuando al principio del gobierno de Mujica quedó clara la intención de captar la voluntad del Ejército para sus concepciones ideológicas.

Topolasky fue la más explícita. En mayo 2012 dijo a la agencia Telam que trataría de captar a los militares para que «las Fuerzas Armadas de hoy queden divorciadas del pasado, porque nosotros precisamos a las FFAA fieles a nuestro proyecto».

«Preciso por lo menos un tercio de la oficialidad y la mitad de la tropa de mi lado, como una meta. Me gustaría todo. Pero una base sustentable sería eso», dijo la esposa del Presidente.

Por otra parte, Topolansky mencionó como «una novedad» el hecho de que quien era comandante en jefe del Ejército, general Pedro Aguerre, fuera «hijo de un (ex) preso político, que era un militar»: el coronel Pedro Aguerre.

También se mostró orgullosa de que un «muchacho joven, profesor de Historia» sea quien que revise los programas de formación de los militares. Topolansky hizo así referencia a Hernán Planchón.

El entonces Ministro de Defensa, Eleuterio Fernández Huidobro se apresuró a desmentir esas afirmaciones de Topolasky. En un comunicado afirmó que no compartía los conceptos vertidos en el reciente reportaje producido por la Agencia Telam; que tampoco tenía conocimiento —ni teórico ni práctico— de que en este ministerio alguien estaba llevando a cabo lo que allí se decía.

Asimismo, dejó en claro que «El profesor Hernán Planchón es desde el día 1º de marzo de 2010 director de Formación Militar del Ministerio de Defensa Nacional y nos consta que no está realizando lo que allí se dice».

Después de eso, Topolansky insistió: «Yo quisiera que todos los militares estuviesen con el Frente Amplio porque creo que es la propuesta que está más cerca de la gente y en el caso concreto de las tropas hemos mejorado mucho los salarios», continuó.

«Debemos recordar que en el país los militares votan y por lo tanto en su momento tienen que tomar una definición política y elegir», manifestó. Como si su idea no estuviera clara, la legisladora prosiguió: «Estamos profesionalizando la carrera militar, queremos ingresar a una verdadera universidad y eso dignifica y por eso queremos que piensen en el Frente Amplio como una opción porque nos asegura el famoso nunca más».

A pesar de los desmentidos de Fernández Huidobro, la ciudadanía tomó conciencia de que algo estaba ocurriendo en el seno del Ministerio de Defensa que quizás buscara revivir el pacto de combatientes que el propio extupamaro en 1972 alentó junto a los Generales Gregorio Álvarez y Estaban Cristi.

Fue innegable su ascendiente sobre esta nueva generación de oficiales con que logró aproximaciones personales y hasta ideológicas.

En ese marco fue elegido Comandante en Jefe el General Guido Manini Ríos quien, según sus propias palabras, tuvo una excelente relación con el extupamaro.

A la muerte del ministro, sin embargo, las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Ejército se irritaron, llevando crecientemente a desafíos y sanciones que tuvieron como protagonistas a Vázquez y a Manini.

Por todo eso llama la atención el silencio de Mujica frente a los hechos recientes.

Sería interesante escuchar sus reflexiones sobre todo lo que ha sucedido en los últimos 10 años entre el relacionamiento del gobierno y las Fuerzas Armadas. Y si, efectivamente, han sido exitosos en captar voluntades para el Frente Amplio como quería Topolansky.

Quizás sus opiniones nos den luz sobre las razones de fondo de esta crisis que desemboca en la purga de ocho generales del Ejército Nacional.

Un hecho sin precedentes, de extraordinaria gravedad y que seguramente no se agotará en sí mismo. ■

Ricardo J. LOMBARDO
Contador. Periodista. Escritor. Ex Presidente de
Antel. Diputado. FUENTE: facebook



La orfandad cultural

Cuando la gente critica la situación de la educación en nuestro país, a menudo se pone énfasis en temas organizativos, logísticos, de formación de docentes, asignación de horas, las faltas de ortografía, la incomprensión lectora o las dificultades con las matemáticas.

Pocos reparan en el enorme daño que se le ha hecho a nuestra sociedad por no enseñarla a pensar. Y esto no es solo resultado de la educación formal, sino de una cultura presa de una gran austeridad intelectual.

Los comentarios que emergieron como catarata en las redes a propósito del incendio de Notre Dame en París, son una prueba alarmante.

determinantes (o las determinantes circunstanciales como diría Churchill) de cada momento. No es razonable ni justo, valorar o calificar con referencias de hoy a acontecimientos ocurridos con otros valores morales, con otros canales de comunicación, otros niveles de riqueza, otros desarrollos de la tecnología.

Si uno quiere atribuirle a este simbólico monumento en el centro de París, todos los errores del cristianismo, olvida que la catedral fue construida cuando justamente la Iglesia Católica se erigió como un faro que iluminó siglos de Todo eso lo presenciaron las paredes incendiadas. Lo bueno y lo malo. Lo lindo y lo feo. La grandeza y la vergüenza. Por eso son dignas de veneración.

Hay que mirarlas con respeto. Como ellas vieron pasar el tiempo. Es absurdo enredarse en las trampas de la historia. Como si recordar que allí mismo, en Notre Dame, Napoleón le arrebató la corona al Papa y se consagró él



« Notre Dame se va a reconstruir. Lo que no tiene solución es la cantidad de cerebros quemados que el tal incendio expuso» dice con total razón Rafa Gibelli en su muro.

Algunos se alegraron porque en definitiva no era más que una iglesia. La intolerancia religiosa y el anticlericalismo emergieron hasta entre las ruinas del histórico edificio. Otros refirieron a la época del colonialismo francés y el atraso de África. Los hubo que criticaron la reacción de la comunidad internacional y de empresarios privados que ofrecieron donaciones para restaurarla en lugar de aplacar el hambre en el mundo. Son los mismos que muchas veces se aferran a la idea de que esas cosas las tienen que resolver los estados.

Los más, escribieron creativas sandeces desconociendo el valor cultural de los muros atrapados por el fuego. La historia no se puede medir según los parámetros del tiempo en que uno vive, sino en función de las circunstancias

mismo Emperador, fuera una muestra de admiración al gobernante francés y con ello se convalidara todos los atropellos que realizó para arrasar con Europa.

La historia no puede interpretarse con necedad, pretendiendo que los hechos del pasado confirmen nuestra visión del mundo o nuestro modelo mental del bien o el mal.

Por el contrario, hay que mirarla con humildad, tratando de desentrañar los secretos que hicieron que aquellos hechos, aquellos personajes, aquellos muros, se instalaran aún hoy en nuestras discusiones cotidianas y a menudo de manera imperceptible en nuestras costumbres y en nuestras conductas. Para eso necesitamos una cultura que cultive con generosidad el intelecto, en lugar de estas pruebas de pobreza que han proliferado. ■



José GÓMEZ LAGOS
Abogado. Periodista. Escritor

Me da pena confesarlo...

Si compartimos que existen más posibilidades de perdernos en un país que se hunde que en otro que supera las dificultades, seguramente coincidiremos en la necesidad de transmitir una nación más consolidada y próspera en cada cambio de gobierno.

De allí, que a muchos ciudadanos nos cueste entender a quienes tantas veces han apostado al desastre nacional y tirado bombas difamatorias contra adversarios, con tal de acrecer en votos. Si entre otras cosas, nuestra existencia depende de la voluntad colectiva de construir diariamente una sociedad que nos enorgullezca por su convivencia pacífica, libertad, democracia, cuesta entender la intolerancia como práctica habitual, el negativismo para erosionar gobiernos desde la oposición, el falseamiento histórico y el desprecio hacia quienes sostienen ideas diferentes. Cuesta –más allá de cuestiones ideológicas– entender tales actitudes, que envenenan el espíritu del pueblo, oscurecen su comprensión y dificultan sus decisiones. Promover una práctica cívica sana, estimular el intercambio de opiniones, fomentar el respeto colectivo, garantizar la libertad de opinión y el voto libre de préstamos o presiones, parecería la conducta más elevada para un país de tan rica historia cívica como el Uruguay. Las garantías radican en el estado de derecho, la condena de la arbitrariedad, la defensa de la Constitución y la ley, que hoy como ayer, constituyen nuestra salvaguarda suprema.

Transcurren quince años del presente ciclo gubernamental con mayorías propias y vigencia de una bonanza internacional sin parangón. No ha sido el riesgo de inminentes peligros comunes lo que ha motivado un comportamiento civilizado y de mesura por parte de la oposición del ciclo, sino la coherencia necesaria entre principios y manera de actuar. Tal ha sido la actitud frente a gobiernos que consideraron un mérito histórico carecer mayoritariamente de profesionales universitarios en el Parlamento, que determinara necesidad de Curso de instrucción a noveles legisladores electos, preferir reiteradamente el conocimiento corriente al académico

en cargos públicos relevantes, agravantes acumulados para un creciente desprestigio nacional e internacional.

Por éstos días, el país se ha conmovido con la aparición de un expediente que descansaba en plácido reposo. No es la primera vez que resultamos sorprendidos hasta el asombro, solo que en ésta oportunidad la naturaleza y gravedad del asunto ha sobresaltado con más intensidad a la opinión pública. Una espontánea y ligera apelación a la memoria, alcanza para acercarnos el recuerdo de falsos Profesionales que ingresaron como tales a la Administración Pública, caso de quien llegó a cobrar sueldo sin tener vinculación alguna con el Estado, derogación de Decreto a pocos días de su dictado por ordenar erróneamente lo contrario de lo que quería disponer, leyes que debieron ser modificadas antes de entrar en vigencia o que contrariamente a lo pretendido terminaron habilitando la liberación de un ex banquero preso, designación de Ministro que se desempeñó sin estar habilitado por ser extranjero. Por la misma senda del descontrol o la improvisación oficial, anduvo la prometida explotación de pozos petroleros con Venezuela o el Tren de los Pueblos Libres coloreado de blanco y celeste que no llegó a entrar en servicio. Lejos, muy lejos de la Suiza de América, a distancia sideral de un País de Primera.... Desde esa corriente de opinión autodenominada Fuerza, partían los cuestionamientos permanentes a los gobiernos democráticos responsables de la complicadísima reinstitucionalización del país, que desactivaron la explosiva deuda externa, reordenaron la economía, nos orientaron como país exportador, principiaron un proceso histórico de alto crecimiento económico, disminuyeron la pobreza, mejoraron y extendieron la infraestructura nacional, restablecieron y fortalecieron el sistema democrático.

«Me da pena confesarlo... el venirse tan abajo». En el horizonte se abarrotan nubarrones, el escollo se avizora cada vez más cerca. Si no cambiamos urgente de Timonel y rumbo...



Marcelo GIOSCIA CIVITATE
Abogado. Periodista.
Convencional del PC en Canelones

Semana Santa, Criolla o de Turismo

Tal vez sea por nuestra particular idiosincrasia, que mantenemos año a año una especial semana, que nadie se ha atrevido a modificar. La santa semana criolla o de turismo, mantiene su vigencia, este año, extendida al lunes siguiente por la Ley que permite correr algunos feriados de fechas patrias, al lunes inmediato, como forma de promover esta «industria sin chimeneas» con feriados largos, lo que moviliza muchos servicios, sin preguntarse siquiera sobre el significado histórico del evento patrio que debiera recordarse.

Se trata de una semana particular, donde muchos participan de los rituales y peregrinaciones de la religión católica, desde el Domingo de Ramos al Domingo donde se celebran las Pascuas de Resurrección, celebrando con unción tanto la bendición de los ramos de olivo, como respetando la indicación de no ingerir carnes rojas el Viernes Santo, para luego interrumpir el «ayuno» y celebrar en familia, compartiendo la

donde se arriesga hasta la vida, en domas y corcoveos sobre bravos equinos, por dar la «vuelta de honor» enarbolando el pabellón nacional. Cuántas actividades que se entrelazan, en una realidad social tan particular que poseemos como nación, donde la laicidad impulsada desde José Pedro Varela en la enseñanza pública y confirmada desde la Constitución de 1917, al resolverse dejar atrás el «Estado Confesional», propio de la Constitución de 1830, nos brindó un sello distintivo particular de nuestro país. República democrática y representativa, conformada predominantemente del aluvión de inmigrantes de muy diverso origen, principalmente europeo, donde pueden convivir diferentes credos y religiones o costumbres, sin que el Estado posea una religión oficial. Y sin que por ello, se pierdan valores morales y culturales necesarios, cuando no imprescindibles, para esta sana convivencia. Lamentamos que hoy, los indicadores del «latino barómetro» nos iguale a muchos de nuestros vecinos de Latinoamérica, de quienes durante mucho tiempo nos distinguíamos, en educación y

tradiciones de excelencia republicana y democrática. Hoy no somos ya, los mejores de la clase, y remontar a los altos niveles de desempeño, nos llevará bastante más que una generación. Tremenda tarea tenemos por delante, para recuperar perdidas posiciones. Pues si bien estos días debieran servir de reflexión, cualquiera sea la posición que detentemos frente a lo trascendente, la realidad nos muestra un pronunciado desequilibrio del tener frente al ser y los últimos años de bonanza económica sin parangón, no han servido para fortalecer las bases de una formación ciudadana, en la que, la tan mentada «inclusión social», se obtenga no por decreto, sino por el discernimiento de quienes puedan interpretar con sus palabras un texto puesto a su consideración. Lo que permitirá mañana, decidir con verdadera independencia de criterio, a quien confiar la conducción de los asuntos públicos. Ni más, ni menos.



rosca pascual o probando chocolates en la búsqueda de huevos, con o sin sorpresas, mezcla de costumbres religiosas y paganas. Otros, aprovechan sus asuetos para disfrutar de vacaciones por el interior de nuestra geografía, tanto en carpas, como utilizando una gran oferta hotelera. La cuestión es hacer algo distinto, y si bien es desigual el trato con respecto a los trabajadores, los privados buscan hacer coincidir parte de sus licencias con esta semana, cuando la mayoría de los funcionarios públicos, disfrutan de asuetos corridos por la suspensión de actividades en prácticamente todas las oficinas públicas y en consecuencia, también se suspenden los plazos en asuntos judiciales. La tradición se viste de gala en demostración de destrezas criollas,

El mecanismo del gobierno

Zósimo NOGUEIRA MELLO
Comisario General (r)



El Mecanismo transformador de la policía no fue más que un método desintegrador, desestabilizador. Con el concepto de que la policía y el Ministerio del Interior es una sola cosa le restaron profesionalismo a la policía tratando a sus integrantes como un grupo más de asalariados y procurando soluciones y transformaciones en base cuestiones meramente salariales.

Se fomentó la sindicalización policial; al comienzo fue impulsada por algunos Oficiales y Sub Oficiales; pero por acción de las masas, invocando un criterio horizontal y la igualdad de los afiliados la oficialidad fue desplazada de la dirigencia sindical en rechazo al orden jerárquico. Numéricamente los oficiales son pocos y en su mayoría no comparten la sindicalización. La misma sindicalización que también ha incidido en la disciplina.

Con argumentos laborales el personal subalterno cuestiona decisiones de la superioridad, ofrece reparos a principios como la obediencia debida o función permanente.

Se aumentó el sueldo (bienvenido), se suprimió el 222 con la idea de que los policías trabajarían solo las 8 horas y luego a descanso.

Para rotarlos de turno y que cumplieran un horario flexible crearon el PADO, le dieron una compensación como sobresueldo.

Al comienzo era tentador y diferenciador, se acedia a este beneficio a dedo, pero en la actualidad resulta difícil conseguir voluntarios para ese programa, pues conviene más realizar otro trabajo y la oferta mayor consiste en el famoso y conflictivo 223.

Horario flexible, salario concertado, sin descuentos y cuando el involucrado se siente controlado ingreso a planilla laboral encubierto en otro rubro.

Los arrestos disciplinarios fueron reemplazados por multas. La formación policial se despojo del tipo de disciplina cuasi militar, y hoy es normal ver corrillos en los patios de la propia Escuela Nacional de alumnos intercambiando mates mientras los superiores pasan a su lado. El saludo militar «fue». Solo en actos protocolares. La disciplina en caída.

La ley orgánica policial fue modificada y la carrera fue alterada a través de leyes de presupuesto y rendiciones

de cuenta. Se obligó el pase a retiro de la oficialidad fijando plazos para pérdida de beneficios jubilatorios por considerarla contaminada con la dictadura que finalizó en 1985, y afín a otros partidos.

Con estos mecanismos no solo se ha politizado, sino que se ha procurado partidizar a la policía.

Véase; la Sra. Vicepresidente dice que las FFAA deben ser afines al FA. No piensa en el país Democrático y Republicano sino en fortalecer a su partido con adhesión de personal militar.

Al oficial que no sintoniza con el gobierno y no quiere jubilarse se lo pasa a disponibilidad y a los 2 años sin destino genera causal de retiro

significativas Inteligencia-Guardia Republicana etc y el Guardián.

Las seccionales y la incorporación de becarios, cierre de investigaciones, grupos de apoyo-radio patrulla-plantel de perros; las zonas operativas y la gigante Guardia Republicana.

Se rompió el nexo entre comunidad y policía. Se prohibieron las comisiones de colaboración policial, se vaciaron a las Comisarias Seccionales de personal y logística; se dio ingreso a jóvenes becarios destinándolos a la recepción de las quejas y denuncias. Desapareció el vínculo de la gente con la seccional; las denuncias allí recibidas son elevadas a las Zonas Operativas que resuelve lo que hacer. El denunciante no trata con quién

de operaciones. La necesidad insoslayable de investigar los delitos denunciados y los sucesos criminales hizo necesario que las zonas operacionales organizaran pequeños grupos de investigadores todo terreno y sin especialidad específica. El auge criminal hizo que se atiendan los delitos más graves como las rapiñas y homicidios desplazando a los delitos de menor entidad y trascendencia periódica, por lo cual no se da abasto, se acumulan las denuncias y se ha hecho campo de orégano para ciertas modalidades delictivas y actividades conexas que no son controladas, como desarme de vehículos, casas de compra-venta, casas de juego, centros de prostitución etc etc. Los reducidos de fiesta.

Pero el mayor exponente de esta transformación es la Guardia Republicana. Con armamento de guerra, blindados, franco tiradores, negociadores, plantel de perros y con jurisdicción nacional y dependencia del Ministro del Interior. Se quiso convertir a la Caminera en una dependencia de la Guardia Republicana lo que rechazó el legislativo.

Este Regimiento acapara funciones y se hace presente en todo el país, y es una sombra que se cierne sobre las fuerzas armadas cuando legisladores oficialistas piensan reducirlas o eliminarlas.

Y como el ciclo delictivo termina en las cárceles no podemos obviar las desastrosas políticas carcelarias con casi cuarenta muertes violentas en el último año que hicieron que el Ministerio resolviera sacárselas de arriba. Se reemplazaron a policías de la guardia interna por operadores penitenciarios; jóvenes sin experiencia de ambos sexos, trabajando en contacto directo con la criminalidad uruguaya; influenciados, solidarios o temerosos de estos. Y sin garantías de seguridad.

Un problema que no se ha sabido resolver, ni siquiera atenuar.

Y todo este mecanismo de destrucción institucional e inacción ante el delito ahora se pretende



obligatorio Purga por donde se mire, retiro forzado.

Para llenar rápido esos espacios jerárquicos en las fuerzas policiales disminuyeron la cantidad de grados y se legalizó el ascenso a dedo. Todo legal, abusos de poder pero dentro de la ley. Así llegamos a la actual oficialidad ascendida por selección. Cautivos del dedo omnipotente que los favoreció.

Por si esto fuera poco el Ministro del Interior se atribuyó el mando directo de las unidades policiales más

asumió su caso. Solo ocurre en hechos de notoriedad y por iniciativa policial. Las zonas concentran poder. Desmantelas las comisarias, suprimidas las Direcciones de Investigaciones y Grupos de Apoyo nació la «nueva policía» con uniformes oscuros y armados al estilo robocoop. En Montevideo, al haberse disuelto Radio Patrulla se crearon los Grupos de Respuesta Táctica GRT que realizan el trabajo de primera comparecencia que realizaban las comisarias informando a los mandos y a la mesa



Loris ZANATTA
Periodista. Fuente: La Nación (Argentina)

Las democracias liberales y un futuro incierto

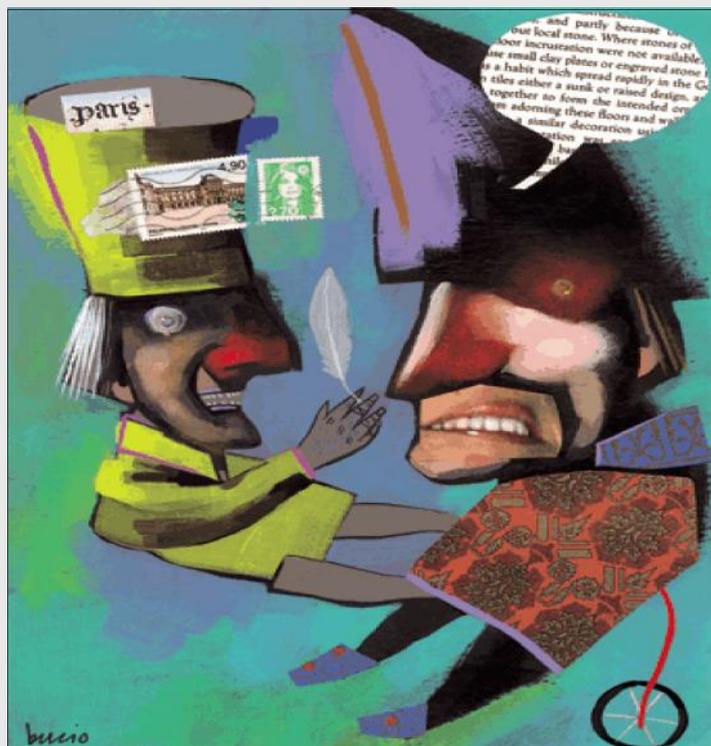
Donald Trump dijo que el socialismo promete prosperidad, pero causa miseria; promete amor y unidad, pero trae odio y división; promete un futuro mejor, pero conduce al lado más oscuro de la historia. Se refería a Venezuela, Cuba, Nicaragua. Escuchándolo, se puede reaccionar de diferentes maneras. La primera es aplaudir a rabiar: bravo, viva, bis. La segunda es silbar enfurecidos: maldito, imperialista, go home. La tercera, la mía y, supongo, no solo mía, es sentir dolor y vergüenza. Dolor porque en esas palabras hay mucha verdad, para aquellos que se miden con la historia como es y no como les gustaría que fuera; vergüenza porque no me gusta ver una causa tan noble -la libertad, la democracia- en manos tan poco nobles.

Se me ocurre recordar al expresidente estadounidense Ronald Reagan: qué bruto, con sus groseras categorías maniqueas, ¡pero cuánto lo aman todavía en Europa del Este! Cuando caiga el muro de Caracas y después el de La Habana, me gustaría festejar como en Berlín en 1989. Pero no con una manada de racistas mal disfrazados, mentirosos impenitentes, soberanistas endemoniados, evangelistas fanatizados. Me gustaría que fuera un día de libertad, tolerancia, cosmopolitismo; la víspera del renacimiento de sociedades abiertas y plurales.

Estas consideraciones triviales imponen otras más complejas: ¿qué tan importante es, para quienes creen en los valores de la democracia liberal, contar con unos Estados Unidos fuertes, creíbles, coherentes, prestigiosos? Y, por el contrario, ¿cuán nefasto resulta que la Casa Blanca pierda prestigio y pisotee aquellos valores?

Hoy, muchos gritan contra la «injerencia imperialista» en Venezuela; muchos otros festejan la decadencia de Estados Unidos. A menudo se trata de las mismas personas. ¿Qué debemos pensar entonces de Estados Unidos? ¿Es un país de imperialistas declinantes, de intervencionistas moribundos? De las dos opciones hay que elegir una: perro que ladra, por lo general, no muerde. La verdad es que todo este alboroto sobre el imperialismo estadounidense en la era de Donald

Trump es un sueño de aquellos que no pueden vivir sin el enemigo. Si se lo mira bien, es más probable que el actual presidente estadounidense pase a la historia como el que plantó los últimos clavos en el ataúd del orden internacional liberal nacido después de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos lo ha creado y dirigido; nadie mejor que este mismo país puede enterrar ese orden.



Ese sistema se basa, o se basó, en unos pocos pero sólidos pilares: hegemonía estadounidense, multilateralismo, difusión del modelo liberal democrático y capitalista occidental. En los tiempos del Consenso de Washington, hace treinta años, tocó el cenit, pero ya se sabe: alcanzada la cima, comienza el descenso. Y así fue: los ataques de 2001 y las guerras posteriores, la gran crisis de 2008, el ascenso de China, la redistribución del poder económico y del peso demográfico en el mundo desde las potencias liberales hacia las que nunca vieron el liberalismo son hechos más que suficientes para explicar el ocaso del orden liberal, tanto a nivel mundial como en los tableros regionales. La hegemonía de los Estados Unidos, el multilateralismo y la democracia retroceden en todas partes, desde Oriente Medio hasta Europa, de Asia a África y a América

Latina. Trump no es la causa de esa crisis; más bien es uno de sus muchos efectos: si George W. Bush destruyó el multilateralismo con sus guerras unilaterales y Barack Obama renunció a la hegemonía al no tolerar sus costos económicos y políticos, a Donald Trump ambas cuestiones lo tienen sin cuidado: en lugar del multilateralismo prefiere el bilateralismo, pensando que en los foros multilaterales Estados

de su electorado que en su momento le dieron apoyo. Incluso con Venezuela parecería estar más impulsado por tales intenciones que por una estrategia. Hay que reconocer que tiene algunos argumentos válidos. Estados Unidos ha promovido un orden del cual las potencias emergentes -sobre todo China y Rusia- se han beneficiado selectivamente: tomaron las libertades económicas, rechazaron las políticas. Sin embargo, la solución, la renuncia a la hegemonía multilateral, podría ser un remedio peor que la enfermedad: en un mundo de unilateralismo conflictivo, una economía y una sociedad abiertas como la de Estados Unidos corren el riesgo de desnaturalizarse más que ninguna otra.

¿Qué será del orden liberal? Escudriñar el futuro, hasta la fecha, es arriesgado: el horizonte pinta negro. Pero no es raro que se den escampadas inesperadas. La historia es tan impredecible como el clima: no hace marcha atrás, pero tampoco avanza en línea recta. ¿Tendrán razón aquellos que sostienen que Trump es un breve paréntesis y que el orden liberal volverá pronto a orientar la política de los Estados Unidos? Lo dudo, pero no lo excluyo.

No descarto tampoco que la bandera que ellos están arriando pueda ser recogida por otros países: en Europa, en América Latina, ¿por qué no? También podría ser que la «recesión democrática» de nuestros días nos vacune para el futuro: nada como las terapias populistas convencerá a tantos de que la vieja democracia liberal no era tan mala. De hecho, hay lugares donde esto ya comienza a suceder. ¿Y si en una década las democracias dejaran de temer al populismo y el populismo temiera a las democracias? ¿Si los chinos, los rusos, los turcos y tantos otros estuvieran llamando a las puertas de sus regímenes reclamando democracia? No sé cómo será el orden liberal del futuro. Sé que necesita que Estados Unidos sea diferente de lo que actualmente es con Donald Trump. De todos modos, no estaría tan seguro de que el futuro orden internacional vaya a ser confuciano.

Alejandro NADAL

Economista. FUENTE: Editorial Sin Permiso



Tasas de interés, efecto riqueza y estancamiento

Desde hace más de tres décadas las tasas de interés reales en las economías desarrolladas han mantenido constante su tendencia a la baja. Eso no sólo refleja la política monetaria instrumentada por los bancos centrales de cara a la crisis financiera de 2008. Todo parece indicar que estamos frente a cambios impulsados por fuerzas de largo aliento.

Esta trayectoria declinante afecta casi todo el abanico de tasas de interés, comenzando con las de bonos soberanos a 10 años y pasando por las de corto plazo (que normalmente siempre son más bajas que las de largo plazo). Pero a pesar de que se mantienen estas tasas de interés reducidas, ni la inversión ni el crecimiento acaban de adoptar un ritmo de mayor dinamismo. Esto tiene desconcertados a los economistas que abrazan la teoría ortodoxa. Hay dos grandes preguntas. Primero, ¿cuáles son las fuerzas que han provocado esa reducción en las tasas de interés? Segundo, ¿por qué no hay una mayor inversión (y crecimiento) como respuesta a esas bajas tasas de interés?

Las respuestas a estas preguntas no son fáciles si uno tiene una teoría equivocada sobre la determinación de las tasas de interés. Y la verdad es que la teoría neoclásica sobre esta variable adolece de serios problemas, porque su punto de partida es la idea de una tasa de interés natural que se permite equilibrar la oferta y demanda de capitales con una situación de pleno empleo. Esa teoría supone que cualquier economía capitalista tiende naturalmente a esa posición en el largo plazo. Según esa teoría, si la inversión es mayor que el ahorro la tasa natural crece hasta fomentar el ahorro y frenar la inversión, regresando a un equilibrio. Y cuando el ahorro es mayor que la inversión, la tasa de interés se reduciría y la inversión crecería, con lo cual se restablecería el equilibrio.

Lo que tiene hoy intrigados a los economistas de corte tradicional es que las tasas de largo plazo se conservan en niveles históricamente muy bajos y, sin embargo, la inversión se mantiene estancada. Para la teoría ortodoxa eso es un misterio y para aclararlo tiene que recurrir a las explicaciones externas a la economía. Por eso ha renacido la idea de que el flujo de innovaciones tecnológicas que abren nuevos espacios de rentabilidad se ha ido agotando. Esta idea tampoco encuentra apoyo en los datos sobre cambio técnico y tasas de innovación, pero permite conservar la idea de que la inversión depende de la tasa de interés. Y eso es lo que importa cuando uno es economista ortodoxo: proteger a toda costa el cinturón de falacias que integran el núcleo de la teoría neoclásica.

Por el otro lado, un estudio del Banco de Inglaterra (documento de trabajo 571 disponible en bankofengland.co.uk) concluye que el ahorro se ha incrementado a escala mundial debido a cambios en la estructura demográfica, la mayor desigualdad y a un exceso de ahorro por motivos de precaución en los llamados mercados emergentes. El factor más importante es la desigualdad, que se ha ido incrementando en décadas recientes porque en la medida en que aumenta la concentración del ingreso también crece el ahorro en las capas superiores. Todo esto ha contribuido, según el estudio citado, a reducir la tasa de interés. Esto recuerda las explicaciones esgrimidas por Bernanke para dar cuenta de los desequilibrios macroeconómicos internacionales.

Todo esto podría parecer una descripción interesante y creíble. Pero tiene varios problemas. El primero es que la tasa de interés no es el único y ni siquiera el principal determinante de la inversión, sobre todo en un contexto de incertidumbre. Además, a escala global la tasa de rendimiento para las inversiones productivas se encuentra en problemas y no hay manera de que las tasas de interés reducidas puedan contrarrestar el efecto de una rentabilidad a la baja.

El segundo problema es que todo el razonamiento ortodoxo se lleva a cabo como si la tasa de interés fuera el precio del capital en el mítico mercado de fondos prestables. La realidad es que la tasa de interés la determinan las autoridades monetarias/económicas y no está determinada por las veleidades de la oferta y la demanda de capitales. Para apuntalar la demanda agregada que desfallecía por los salarios estancados, la política monetaria mantuvo reducidas las tasas de interés para fomentar el endeudamiento y el incremento en los precios de ciertos activos como los bienes raíces. Eso provocó un efecto riqueza en beneficio de algunos segmentos de la población y de esta manera artificial pudieron mantener su poder de compra. Después vendrían las crisis a poner las cosas en claro (el colapso de las empresas dot.com, la recesión de 2001 y la crisis financiera de 2008). Eso es lo que explica los altibajos de la tasa de crecimiento y las crisis en decenios recientes.

El misterio de la coexistencia de bajas tasas de interés con estancamiento se puede entender cuando se eliminan las distorsiones que introduce la teoría ortodoxa del neoliberalismo. ■

Pablo GALIMBERTI
Monseñor de Salto

¡Lea bien, Martínez !

El Domingo pasado Daniel Martínez, precandidato del Frente Amplio, aludió al reciente mensaje de los obispos de la Iglesia Católica: «Tiempo de elecciones, tiempo de esperanza». Pero la lectura «por arriba» o una trampa del inconsciente, lo indujeron a un grueso error. Confunde dos párrafos. El referido a la mujer (numeral 8) con la «colonización ideológica» (numeral 9), referida a la ideología de género.

En el numeral 8 el documento de la iglesia destaca el protagonismo positivo de la mujer uruguaya, «gran signo de esperanza de tiempos mejores». Allí señalamos su creciente presencia social como un enriquecimiento para todos.

En el párrafo siguiente (N. 9) nos referimos a la realidad de la familia, núcleo de amor, apoyo, colaboración y educación de los hijos. En Uruguay y en el mundo. Citamos las palabras

interpretando que la referimos sólo a la mujer. Con preocupación y dolor llamamos la atención a todas las familias uruguayas, «sobre una visión deformada de la sexualidad, del matrimonio y de la familia.» Decimos con mucho respeto a nuestros compatriotas: estamos palpando en Uruguay una «colonización ideológica».

Nos referimos a la «ideología de género» que no es invento uruguayo. Viene propuesta desde las últimas décadas del siglo pasado. Los ideólogos y abanderados de la ideología afirman que independientemente del sexo, el género sería opcional y cada uno elige «según lo que siente». Un niño o adolescente podría preferir «según su sentir» elegir un género diferente a su sexo, iniciando un complejo tratamiento. El «lenguaje del cuerpo» se relativiza y se cambia por inclinaciones que generalmente (según datos científicos) son transitorias, propias de una evolución

y desarrollo de la personalidad.

Un reciente editorial del diario británico Times (09/04/19), laico, informaba que 5 médicos renunciaron a la única clínica británica para la reasignación del género. Lamentan los experimentos irresponsables en centenares de niños y adolescentes,

rápidamente diagnosticados como «transgénero», encaminándolos a dañosos tratamientos hormonales.

No son fantasmas. Nuestro país no inventó la pólvora. Lo grave sería que en la educación, la medicina o pericias psicológicas, con esta perspectiva de género, se asuman estas pautas sin un comprobado fundamento científico.

A esto lo llamamos «colonización ideológica». El valor de cada niño o niña y de cada adolescente merece el mayor de los respetos.

Queremos ser respetuosos. «Con libertad ni ofendo ni temo» decía nuestro Prócer y los orientales lo repetimos con orgullo. El derecho a la discrepancia en búsqueda de la verdad es intrínseco en una saludable democracia. ■



luminosas plasmadas en el artículo 40 de nuestra Carta Magna.

¿Cómo cuida el Estado la institución familiar? Con alegría apreciamos que desde hace años, en un esfuerzo común del Estado y la sociedad civil, se presta un importante servicio a las familias sobre todo vulnerables (CAIF, Clubes de Niños, Centros Juveniles...).

Pero también observamos con mucha preocupación amenazas y erosiones. «Vemos con honda preocupación, - afirmamos- el proceso de deconstrucción de la familia, que el Estado se apropie del derecho y el deber primario de los padres a educar a sus hijos según su propia escala de valores, para darles desde la infancia una visión deformada de la sexualidad, del matrimonio y de la familia» (N. 9).

En este párrafo hacemos una afirmación -que Martínez confunde,



Mario VARGAS LLOSA
FUENTE: diario La Tercera, Perú

Alan García

«¿Fue un político honesto, comparable a un José Luis Bustamante y Rivero o a Fernando Belaúnde Terry? Creo sinceramente que no».

Lo conocí durante la campaña electoral de 1985, por Manuel Checa Solari, un amigo común que se había empeñado en presentarnos y que nos dejó solos toda la noche. Era inteligente y simpático, pero algo en él me alarmó y al día siguiente fui a la televisión a decir que no votaría por Alan García sino por Luis Bedoya Reyes. No era rencoroso pues, elegido presidente, me ofreció la embajada en España, que no acepté.

Su primer Gobierno (1985-1990) fue un desastre económico y la inflación llegó a siete mil por ciento. Intentó nacionalizar los bancos, las compañías de seguros y todas las instituciones financieras, una medida que no sólo habría acabado de arruinar al Perú sino eternizado en el poder a su partido, el APRA, pero lo impedimos en una gran movilización popular hostil a la medida, que lo obligó a dar marcha atrás. Su apoyo fue decisivo para que ganara la próxima elección presidencial, en 1990, Alberto Fujimori, quien, dos años después, dio un golpe de Estado. Alan García tuvo que exiliarse. Su siguiente gobierno (2006-2011) fue mucho mejor que el primero, aunque, por desgracia, estropeado por la corrupción, sobre todo asociada a la empresa brasileña de Odebrecht que ganó licitaciones de obras públicas muy importantes corrompiendo a altos funcionarios gubernamentales. La fiscalía lo estaba investigando a él mismo sobre este asunto y había decretado su detención preliminar de 10 días, cuando decidió suicidarse. Algún tiempo antes había intentado pedir asilo en Uruguay, alegando que era víctima de una persecución injusta, pero el Gobierno uruguayo desestimó su pedido por considerar -con toda justicia- que en el Perú actual el Poder Judicial es independiente del Gobierno y nadie es acosado por sus ideas y convicciones políticas.

Durante su segundo Gobierno lo vi varias veces. La primera, cuando el fujimorismo quiso impedir que se abriera el Lugar de la Memoria, en el que se daría cuenta de sus muchos crímenes políticos con el pretexto de la lucha antiterrorista, y

a su pedido, acepté presidir la comisión que puso en marcha ese proyecto que es ahora -felizmente- una realidad. Cuando obtuve el Nobel de Literatura, me llamó para felicitarme y me dio una cena en Palacio de Gobierno, en la que quiso animarme para que fuera candidato a la Presidencia. «Creí que nos habíamos amistado», le bromeé.

Me parece que lo vi una última vez en una obra en la que yo actuaba, Las mil noches y una noche.

Pero he seguido de muy cerca toda su trayectoria política y el



protagonismo que ha tenido en los últimos 30 años de la vida pública del Perú. Era más inteligente que el promedio de quienes en mi país se dedican a hacer política, con bastantes lecturas, y un orador fuera de lo común. Alguna vez le oí decir que era lamentable que la Academia de la Lengua sólo incorporara escritores, cerrando la puerta a los «oradores», que, a su juicio, no eran menos originales y creadores que aquellos (me imagino que lo decía en serio).

Cuando asumí la jefatura del partido que fundó Haya de la Torre, el APRA estaba dividido y, probablemente, en un proceso largo de extinción. Él lo resucitó, lo volvió muy popular y lo llevó al poder, algo que nunca consiguió Haya de la Torre, su maestro y modelo. Y uno de sus mejores méritos fue el haber aprendido la lección de su desastroso primer Gobierno, en el que sus planes intervencionistas y nacionalizadores destruyeron la economía y empobrecieron al país

mucho más de lo que estaba. Advertió que el estatismo y el colectivismo eran absolutamente incompatibles con el desarrollo económico de un país y, en su segundo mandato, alentó las inversiones extranjeras, la empresa privada, la economía de mercado. Si, al mismo tiempo, hubiera combatido con la misma energía la corrupción, habría hecho una magnífica gestión. Pero en este campo, en vez de progresar, retrocedimos, aunque sin duda no al extremo vertiginoso de los robos y pillerías de Fujimori y Montesinos que, me parece, sentaron

estén investigados por supuestos robos, coimas y negociados, cometidos durante el ejercicio de su mandato? Esta tradición viene de lejos y es uno de los mayores obstáculos para que la democracia funcione en América Latina y los latinoamericanos crean que las instituciones están allí para servirlos y no para que los altos funcionarios se llenen los bolsillos saqueándolas. El pistoletazo con el que Alan García se voló los sesos pudiera querer decir que se sentía injustamente asediado por la justicia, pero, también, que quería que aquel estruendo y la sangre derramada corrigieran un pasado que lo atormentaba y que volvía para tomarle cuentas. Los indicios, por lo demás, son sumamente inquietantes: las cuentas abiertas en Andorra por sus colaboradores más cercanos, los millones de dólares entregados por Odebrecht al que fue Secretario General de la Presidencia, ahora detenido, y a otro allegado muy próximo, sus propios niveles de vida tan por encima de quien declaró, al prestar juramento sobre sus bienes al acceder a la primera Presidencia: «Mi patrimonio es este reloj».

En el Perú, desde hace algún tiempo, hay un grupo de jueces y fiscales que ha sorprendido a todo el mundo por el coraje con el que han venido actuando para combatir la corrupción, sin dejarse amedrentar por la hostilidad desatada contra ellos desde la misma esfera del poder al que se enfrentan, investigando, sacando a la luz a los culpables, denunciando los malos manejos de los poderosos. Y, afortunadamente, pese al silencio cobarde de tantos medios de información, hay también un puñado de periodistas que sostienen la labor de aquellos funcionarios heroicos. Este es un proceso que no puede ni debe detenerse porque de él depende que el país salga por fin del subdesarrollo y se fortalezcan las bases de la cultura democrática, para la cual la existencia de un poder judicial independiente y honesto es esencial. Sería trágico que en la comprensible emoción que ha causado el suicidio de Alan García, la labor de aquellos jueces y fiscales se viera interrumpida o sabotada, y los contados periodistas que los apoyan fueran silenciados.

un tope inalcanzable para los gobiernos corruptos de América Latina. ¿Fue un político honesto, comparable a un José Luis Bustamante y Rivero o a Fernando Belaúnde Terry, dos Presidentes que salieron de Palacio de Gobierno más pobres de lo que entraron? Yo creo sinceramente que no. Lo digo con tristeza porque, pese a que fuimos adversarios, no hay duda que había en él rasgos excepcionales como su carisma y energía a prueba de fuego. Pero mucho me temo que participaba de esa falta de escrúpulos, de esa tolerancia con los abusos y excesos tan extendidos entre los dirigentes políticos de América Latina que llegan al poder y se sienten autorizados a disponer de los bienes públicos como si fueran suyos, o, lo que es mucho peor, a hacer negocios privados aunque con ello violenten las leyes y traicionen la confianza depositada en ellos por los electores.

¿No es verdaderamente escandaloso, una vergüenza sin excusas, que los últimos cinco Presidentes del Perú

«El suicidio de Mozart»

Jaime BAYLY

Periodista. Escritor peruano

FUENTE: <http://www.elfrancotirador.com/>



Conocí a Alan García en 1984. Era diputado y candidato presidencial. Tenía apenas 35 años. Yo tenía un programa de televisión. Se llamaba «Conexiones». Pertenecía a una generación posterior a la de Alan: contaba 19 años.

Lo entrevisté en una convención de empresarios. Quedé impresionado por su inteligencia, su elocuencia y su simpatía. Era un mago con las palabras, un hipnotizador. Había nacido para seducir. No había quien se resistiera a sus encantos. Parecía imbatible. Lo era.

Poco después, volví a entrevistarle en su casa. Vivía en una torre moderna en la avenida Pardo de Miraflores. Conocí a su esposa Pilar. Argentina, cordobesa, hija de un gobernador de Córdoba, me pareció una señora tan bella como distinguida. Poseía una elegancia natural. Luego de la entrevista, Alan me mostró algunos libros de su vasta biblioteca. Citó de memoria varios poemas de Neruda. Recitó el poema de Neruda, «Alturas de Machu Picchu». Quedé arrobado con su vasta cultura, infrecuente en un político de mi país. Sentí genuina simpatía y admiración por él. Pensé que hasta podía votar por él. Estaba equivocado. El destino se ocupó de torcer esos planes, sabotear esa incipiente amistad.

Un líder histórico de su partido, Andrés Townsend, hombre de honor, que había fracasado en su intento de ser candidato presidencial en las elecciones de 1980, me llamó a su casa, diciendo que debía transmitirme un mensaje urgente. Acudí, presuroso. Townsend me llevó a su biblioteca y dijo:

-Alan está loco. Sufre de trastornos mentales. Tenemos que impedir que llegue al poder. Sería una catástrofe para el Perú.

Luego me contó que Alan había sido internado varias veces en la clínica San Felipe de Lima, donde lo habían sometido a la cura del sueño, durmiéndolo con sedantes para que saliera de profundas crisis depresivas, o para que se calmase de virulentos estallidos maniacos, o para salvarlo de hacerse daño. Le prometí a Townsend que usaría esa información tan pronto como pudiese.

-Tienes que preguntarle si le han hecho la cura del sueño -me dijo-. El Perú tiene que saber que es un loco peligroso.

Quedé muy perturbado luego de aquella conversación. Los dueños del canal, tres hermanos encantadores, veían con simpatía a Alan, y uno de ellos era su íntimo amigo y confidente. Yo sabía que, si le hacía esa pregunta a Alan, estaría en problemas. Sin embargo, sentía que mi misión era informar a los peruanos de aquella zona oscura del candidato

favorito para ganar la presidencia. Una semana antes de la primera vuelta electoral, uno de los dueños del canal me dijo que Alan daría su última entrevista de campaña en un programa llamado «Pulso», que se emitía los lunes por la noche. En ese programa había un moderador y un panel con cuatro periodistas que hacían las preguntas. El dueño me pidió que estuviera en el panel y preguntó:

-¿Lo vas a tratar con cariño, no?



-Sí, claro -le dije.

Pero estaba mintiendo. Porque horas antes de que el programa se emitiera en vivo, decidí que haría la pregunta kamikaze, aun a riesgo de que me despidieran. No solo pretendía que Alan se viese obligado a confesar que sufría de trastornos mentales y le habían hecho la cura del sueño, sino, vaya si era ingenuo, quería evitar que llegase al poder. **Me creía tan poderoso que pensaba: si le hago la pregunta y lo humillo y queda en ridículo, perderá las elecciones y yo quedaré como un héroe. Me enternece recordar la estupidez de mi candor.**

Cuando el moderador me concedió el turno de mi primera pregunta, hice acopio de valor y pregunté:

-¿Alguna vez ha estado internado en una clínica de salud mental? ¿Le han hecho la cura del sueño?

-Su pregunta es un golpe bajo que no voy a responder -dijo Alan.

Tan pronto como terminó el programa, mis compañeros del panel me dijeron que me había metido en unos líos serios. Tenían razón. Días después, cuando Alan ya había ganado, uno de los dueños del canal me llamó a su despacho y me dijo que, si quería continuar trabajando en esa televisora, solo podía hablar de política internacional, ya no de política peruana y, sobre todo, no de Alan García, quien, como era previsible, arrasó en la primera vuelta de un modo tan abrumador, empujándonos a sus adversarios, que no hubo ya necesidad

de ir a una segunda votación. Alan llegó al poder, juró como presidente, redimió a su partido de los fracasos históricos. **El país entero estaba rendido a sus encantos, hincado de rodillas ante él. Yo no podía aceptar la censura que me imponía el canal. Renuncié. Me quedé sin trabajo. Ningún canal quería contratarme, sus dueños temían que esa insolencia les costase caro. Alan me había derrotado.**

recepción. Me dejaron esperando un par de horas. Cuando finalmente entró Alan caminando con paso imperial, mirando desde el olimpo de sus dos metros de altura, quise acercarme a él, pero dio instrucciones a sus custodios de que lo impidiesen. Me miró con desdén. Luego entró en el ascensor, me dirigió una última mirada envaneceada y las puertas se cerraron. No hubo disculpas, reconciliación, entrevista. Alan tuvo la astucia de sospechar que, si me daba la entrevista, yo no me replegaría, seguiría incordiándolo. Por eso no quiso dignificarme y me hizo sentir un bicho, un insecto. Esa noche, en un bar, una reportera de televisión muy guapa, consentida de Alan, me hizo una confidencia:

-Alan me ha dicho que él es Mozart y tú eres su Salieri.

Me dolió. Me sentí humillado. **Pero era verdad: Alan era Mozart, un genio absoluto de la política, la seducción, la hipnosis colectiva, un hechicero, un mago. Yo era su Salieri envidioso, rencoroso: nunca podría ser tan brillante y encantador como él, estaba demasiado lastrado por mis vicios, defectos e imperfecciones como para alcanzar las cumbres del poder, la gloria inmortal.** Yo hubiera querido ser como él, un político de formidable talento, pero ya entonces sabía que, además de las mujeres, me gustaban también los hombres, algo que me esforzaba tontamente por encubrir, y por eso comprendía que nunca llegaría a ser un presidente amado, adorado, como Alan. Recuerdo que aquella noche, en el bar de Nueva York, le dije a la reportera:

-Yo no aspiro a la gloria de la política. Yo quiero ser un escritor. Estoy escribiendo un libro. Yo no soy su Salieri, porque aspiro a la gloria del escritor.

Pero estaba engañado: en verdad, Alan era Mozart y yo era su Salieri. Una vez más, me había derrotado. Su inteligencia y su astucia me sobrepasaban largamente.

El tiempo puso las cosas en su lugar. Su paso por el poder, a tan precoz edad, puso en evidencia que no era una persona del todo estable. Yo tampoco lo era. No sabía entonces que era bipolar, quizás como el propio Alan. Es decir que la nuestra fue una pelea épica de dos locos que no sabíamos que estábamos locos.

Años después, en 2001, cuando Alan había regresado de París y era nuevamente candidato presidencial, y había pasado a la segunda vuelta contra todo pronóstico, enfrentando al cachafaz de Toledo, fui a visitarlo a la casa de su partido. Me recibió en privado. Nos dimos un apretón de manos, nos confundimos en un

abrazo, nos perdonamos, olvidamos los agravios del pasado, enterramos los rencores. Alan se sentía un ganador, una criatura mitológica: había salvado la vida, pues Fujimori ordenó matarlo, y escapado con astucia de la sañuda persecución de esa dictadura, y ahora estaba de regreso, cerca de volver al poder, acallando a sus enemigos y envidiosos de toda la vida. Yo también me sentía un ganador, en cierto modo: había conseguido ser un escritor, publicado varios libros en España, y la crítica en ese país había sido benévola con mis novelas, y ahora hacía un programa de éxito en Lima,

él todos los domingos desde «El Francotirador». Alan no llamó al dueño del canal a quejarse, a pedir que me sacasen del aire. Había aprendido la lección. Había forjado una tolerancia a la crítica, aprendido a ser un estadista que entendía el papel irritante de la prensa, que debía ser hostil a quien ocupaba el poder. **Mis críticas feroces, bromas desalmadas y dardos envenenados no le hicieron demasiada mella, no socavaron nuestra amistad o, cuando menos, no erosionaron nuestra alianza de mínima cordialidad. No me guardó rencor. No me sumó a la lista negra**

paternal, sentí que me tenía genuino afecto. Dijo que, si me lanzaba como candidato, él me apoyaría. Pero yo no sabía si lanzarme o no. Temía que, si me lanzaba, dejaría de ser un escritor. Temía que, si entraba en política, nunca más conseguiría salir de esa ciénaga en la que acababan hundiéndose culpables e inocentes, héroes y villanos. Temía que la descomodida pretensión de la gloria me condujese al precipicio, al despeñadero. En medio de aquellas tribulaciones, invité a Alan a cenar en mi casa de San Isidro. Vino con su novia, una

disoluta y mis trastornos bipolares, tendría que pagarle la deuda, concediéndole obras públicas millonarias. Por suerte, tomé la decisión de no inscribir mi candidatura presidencial. Recordé lo que le había dicho a la reportera en Nueva York: yo no quiero ser un político, quiero ser un escritor. Aquella fue la última vez que vi a Alan: en mi casa de San Isidro, en Lima, en 2010. **Luego nos distanciamos: conté en una columna que me había espoleado a ser candidato, diciéndome que la plata llegaría**



«El Francotirador». En un gesto de gratitud y caballerosidad, correspondiendo a la visita que le hice, Alan me concedió una entrevista de una hora en televisión. Vino al estudio con Pilar, su mujer. Me atreví a hacerle de nuevo la pregunta de 1985. Negó que tuviese problemas mentales. Le recordé que me había censurado. Lo negó. Le pedí que pidiera disculpas por su primer gobierno paupérrimo. Lo hizo. Cuestioné su vida desahogada en París. Se defendió con sagacidad. Al final de la entrevista, no éramos amigos, pero tampoco seguíamos siendo enemigos. Improbablemente, nos habíamos reconciliado. Alan ya no era tan soberbio como en su juventud. La larga travesía por el desierto había rebajado el tamaño colosal de su ego. Cinco años después, cuando pasó a la segunda vuelta con el chavista de Humala, apoyé públicamente a Alan y voté por él. Luego, ya siendo presidente, me burlé sin compasión de

de sus enemigos. Entendía que su oficio era administrar el poder y el mío, criticarlo, burlarme de él. Sé que no me guardó rencor porque, al final de su segundo mandato, cuando mi nombre apareció entre los candidatos presidenciales más favorecidos en las encuestas, le pedí una cita secreta y me recibió en la casa de gobierno a medianoche. Le conté, ya casi como amigos, deslizándonos al terreno de las confidencias, mis problemas de salud mental, de bipolaridad e insomnio, y hasta enumeré las pastillas que tomaba. Le dije que no sabía si debía inscribirme como candidato. Me animó resueltamente. Me dijo que tenía la oportunidad de pasar a la historia. Habló de la gloria insuperable de servir a los más pobres. Dijo que podía ganar, si defendía una agenda liberal y me convertía en el candidato de los jóvenes. Fue sumamente generoso conmigo. Me aconsejó en tono

mujer encantadora. Volvió a animarme para ser candidato presencial. Me recordó que debía defender una agenda moderna, libertaria, que capturase la imaginación de los jóvenes. Le dije que no tenía dinero para financiar la campaña. Se rio. En tono paternal, me dijo que, si inscribía mi candidatura y despuntaba en las encuestas, la plata llegaría sola, pues los empresarios más poderosos solían precipitarse a financiar las campañas de los candidatos con posibilidades de ganar. Tenía razón. En efecto, la plata llegaba sola. **Poco después, el representante de Odebrecht se ofreció, en una cena en el club Nacional, a financiarme la campaña presidencial. Para comenzar, podía darme un millón de dólares.** -Tú entiendes que no es una donación, sino un préstamo -me advirtió. Era evidente que, si yo ganaba, lo que parecía hartamente improbable, dado mi historial de escándalos, mi conducta

sola. No debí hacerlo. Fue una infidencia. Era una cena íntima y lo que allí se habló debió preservarse en secreto. Pero no soy bueno para guardar secretos: mi familia lo sabe bien. Esa noche, en mi casa, Alan me dijo que creía en la vida eterna, que a menudo se le aparecía el espíritu de Haya de la Torre, el fundador de su partido, que estaba seguro de que se reuniría con Haya y con su padre, Carlos, en la vida eterna. Espero que ahora se encuentre en tan buena compañía. **Alan: fue un honor ser tu enemigo y brevemente tu amigo. Te extrañaré. Que Dios se apiade de tu alma y te conceda el descanso eterno que mereces. Mozart ha muerto. Salieri no se alegra.** ■

El Estado como botín, el legado de Alan García

Javier ARÉVALO

Periodista. Escritor peruano FUENTE: Infobae



En 1986, Alan García, presidente del Perú, vio dos torres de dieciocho pisos a medio terminar a diez cuadras de Palacio de Gobierno. Consideró que era una «gran insensibilidad» tener paralizada una obra de esa magnitud, que podía servir para un «banco o una maternidad» y, contra las leyes peruanas, decidió confiscarla. Treinta años después, los conflictos legales que acarrearó su euforia hicieron imposible la estatización de la propiedad: el edificio continúa sin terminar, tal cual estaba en los años ochenta.

García no gobernaba, repartía. Ese es uno de los «legados» de García, repartir lo que no es suyo; el Estado como botín.

poco que dar y por eso, en otro arranque de euforia, **decidió estatizar los bancos.**

También fracasó en eso, ya nadie le creía: sin dinero en las arcas fiscales, **recurrió a imprimir papel con el que encendíamos cigarrillos los chicos a quienes nos había robado toda ilusión de futuro.**

Cuando dejó su primer mandato García había convertido en empleados públicos a miles de apristas. En el magisterio nombró como maestros a cientos que eran personal de limpieza, pero tenían carnet aprista. En el Poder Judicial, instaló jueces y fiscales que han servido a su camorra hasta el día de hoy, algunos de los cuales están siendo identificados, detenidos y serán prontamente juzgados.

Durante su gobierno, de un día para el otro, convirtió a miles de ciudadanos

–banco corrupto– estamos más limpios que en cualquier otra cosa. Coordina con Cambio –partido de gobierno– y Damert y sus votos –presidente de una comisión investigadora– y que voten por las dos cuestiones previas y salgo ganando. Mañana salgo y digo: todo ha quedado desmontado.»

Había puesto el Estado al servicio de la candidatura de Fujimori; Cambio 90, el partido de Fujimori, le devolvía el favor votando en el Congreso para evitar que fuera investigado.

García nunca fue juzgado por sus crímenes, **que van desde robo hasta crímenes de lesa humanidad.**

En los 90, durante el golpe fujimorista, se escondió en la casa de un ministro de Fujimori, **Hurtado Miller** –que fue juzgado y sentenciado por corrupto– y luego se asiló en la embajada de

Doctor Alan García, pero no hay documento alguno que siquiera confirme que es realmente abogado titulado.

Cercado por las evidencias de la corrupción de su gobierno, que tiene en detención a sus más cercanos colaboradores, dijo que era un honor quedarse en el país para ser investigado cuando le dictaron impedimento de salida por dieciocho meses.

Esa noche, corrió a pedir asilo a la embajada de Uruguay pero ese país no lo concedió. Una sola voz corrió en Uruguay: «damos asilo por persecución política, no por corrupción».

Luis Nava, su secretario durante los cinco años de su segundo gobierno, será detenido en las próximas horas: hallaron cuatro millones de dólares



García ganó sus primeras elecciones presidenciales con un discurso de centroizquierda: la camioneta que usaba para desplazarse durante su campaña, y parte de esa campaña, la financió Dionisio Romero, como lo ha confesado, dueño del banco más poderoso del país.

Apenas pisó Palacio, en su primer mandato, convocó a los «doce apóstoles», las doce familias que usufructúan el modelo mercantilista peruano que vive de hacer negocios con el Estado.

Pero, en los 80, el Estado pobre de un país que producía casi nada tenía

en delincentes: **era ilegal cambiar moneda extranjera, ilegal tener dólares.** Era ilegal que una panadería pusiera precio a sus panes, sin autorización ministerial; ilegal que tuvieras sacos de azúcar o de arroz en casa: delito de «acaparamiento» se llamaba.

Una conversación telefónica grabada entre García y uno de sus secuaces durante el primer año del gobierno de Fujimori describe el cinismo con el que manejaba su impunidad. En esta conversación, le dice a **Jorge del Casillo**, congresista aprista en ese momento: «Tú sabes que en el BCCI

Colombia, que le concedió el asilo político. Hurtado Miller confesaría después que el gobierno sabía que Alan García estaba en su casa.

Fujimori mismo firmó el salvoconducto que le permitió a Alan García huir del país.

El ex presidente aprista, de origen humilde, a quien un país entero llamaba «Caballo loco», acabó en París, donde tenía un departamento que un ex presidente desempleado jamás podría haber comprado.

El legado político de García parece reducirse a: roba, mentira y huye. Firmó miles de documentos como

en sus cuentas bancarias. «Sus cuentas» es un decir: ¿qué poder podría tener un secretario para lograr que empresas privadas como Odebrecht le paguen sobornos?

Hoy, García volvió a hacer lo que siempre hizo: huyó. ■



Julio M. SANGUINETTI
 Periodista, Abogado Fue Diputado, Senador
 y dos veces Presidente de la República
 FUENTE: Correo de los Viernes

Educar es aprender

La misión de la educación es que el estudiante aprenda, recibiendo conocimientos y procedimientos para seguir aprendiendo en la vida y —muy especialmente— poder hacer que esos aprendizajes le sean útiles para insertarse fluidamente en la sociedad.

Naturalmente, esta afirmación se corresponde con la idea colorada y batllista de que la educación es la herramienta más transformadora de la sociedad, la más generadora de oportunidades. Concepción que ha sido controvertida en nuestro país desde mentalidades corporativas que le atribuyen al nivel social un papel hegemónico, excluyente, que —a su criterio— la educación difícilmente

valores que configuran nuestra institucionalidad.

Como consecuencia de aquella visión frentista es que se desarmó sin evaluación el programa de la enseñanza media que venía de nuestra reforma de 1995; que en los CERP, los centros de formación docente, se volviera a la enseñanza por asignaturas y que para bajar la tasa elevadísima de repetición se introdujera el famoso «pase social», que bajo el rótulo de la solidaridad social, es la condena para los niños de los niveles sociales más necesitados.

Esto se observa claramente cuando se advierte cómo la tasa de repetición baja en primaria y luego se eleva en la enseñanza media. O sea que, simplemente, los alumnos pasan y pasan en la escuela pero llegan mal

el 52% no llega al umbral mínimo y el 39% no lo logra en comprensión lectora.

Cuando vamos a los segmentos por niveles socioeconómicos, en el 20% más pobre de la sociedad, los guarismos son realmente alarmantes. Nos están indicando una condena a la marginación de prácticamente un 60% y eso no puede ser.

De esta situación hay que salir. Debemos superar el quietismo actual, la negación de la crisis de resultados. Se sabe que en materia educativa los resultados no son rápidos y que no hay una medida que aisladamente pueda revertir lo que ocurre. Pero nuestra experiencia en 1995 nos indica que se puede hacer mucho en poco tiempo y poner la mirada en el futuro.

profesores, a quienes —además— se le debe reconocer por ley el carácter universitario de su carrera, entre tantas otras cosas.

Desde ya que reconstruir la comunidad educativa es fundamental, especialmente en la enseñanza media. Hay que terminar con esta elección de horas todos los años que no solo es un procedimiento inhumano sino que, además, choca con la necesaria permanencia de los profesores en un mismo establecimiento, conducido también por directores estables y jerarquizados. El eje de la educación, el centro, el objetivo es el estudiante, a quien hay que generarle las condiciones para acrecer sus oportunidades de inserción en nuestra sociedad.



pueda quebrar. En su tiempo polemizamos en el Senado con legisladores frenteamplistas a este respecto.

La consecuencia de su idea, profundamente equivocada, es que el sistema educativo, que antes supo transformarse para atender los desafíos de cada época, ha terminado siendo una reproductora de hábitos y procedimientos poco adaptados a los cambios. ¿Por qué pasa? Porque quienes condenan a la sociedad democrática, a la sociedad abierta, a la economía de mercado, no aceptan que la educación sea un proceso para insertar a los educandos en el mundo tal cual es. De ahí que su visión de la historia, de la filosofía, de la formación cívica, sea más para cuestionar que para entender, para sentirse parte de un país en el que valga la pena vivir. No se trata de darles una visión de película de Walt Disney, pero sí de que asuman los

preparados al escalón siguiente y fracasan. Lo cual es congruente con los bajísimos niveles de aprendizaje en los 6tos años escolares. En efecto, en ciencias, el 56% de los estudiantes de 6° año no logra aplicar conocimientos básicos de ciencia y el 49% no revela adecuada comprensión lectora. Estos son resultados de una evaluación nacional, que se confirma más tarde en la evaluación PISA — internacional— con los estudiantes de 15 años. En ese caso, en matemática

Ante todo, es imprescindible definir políticas educativas de largo plazo, definidas por la conducción oficial, luego de oír a todos los interesados, pero sin relegar su autoridad en lo más mínimo a las corporaciones gremiales. El país debe seguir extendiendo los establecimientos de tiempo completo, generar métodos pedagógicos más acordes con la era digital en que se está formando la nueva generación, instalar procedimientos de formación a distancia, especialmente para los

Son objetivos alcanzables. Pero se necesita armar un equipo coherente en el Codicen y en las demás ramas, convencido de su tarea y capaz de enfrentar las resistencias al cambio que ya están expuestas. Siempre se tiene el anhelo de que las gremiales de maestros y profesores asuman este espíritu, que vuelvan a sentirse protagonistas de una reforma positiva, de una mirada hacia delante. Los indicios, en esta materia, no son auspiciosos, pero no por ello hay que desfallecer en este esfuerzo, del que depende —cada días más— el futuro del país. En una economía basada en el conocimiento, no hay margen para insuficiencias educativas. Desgraciadamente, el tema no está hoy en el primer lugar del debate, desplazado por urgencias importantes, pero nada debe distraernos de que esta es la real batalla del futuro nacional. Lo urgente no puede relegar a la importante.

